

FIN DE SEMANA

Fauna salvaje en vías de extinción

Los pequeños animales de nuestros bosques y matorrales

Martas, comadreja, jinetas y garduñas



La marta es un caso especial en su habilidad y destreza en la caza.

GARCIA-ARGÜELLES
Dibujos: José A. LALANDA

Entre los matorrales del bosque solían verse alguna vez pequeñas alimañas sorprendidas con la llegada imprevista de algún ser humano. Con rapidez inusitada buscaban una salida fuera de la vista de aquel intruso del bosque. Los arroyos y el terreno cuajado de monte bajo eran sus escondites preferidos, de los que sólo salían a cazar o buscar entre las plantas alguna que le sirviera de alimento. La comadreja era un mustélido muy clásico en Asturias, animal muy parecido al armiño, de unos cuarenta centímetros de largo, de un pelaje castaño en el verano pero que en algunas estaciones puede realizar un cambio, aunque este caso de metamorfosis se da más bien en el armiño, que es de color blanco en el invierno.

Unos y otros son tremendamente agresivos cuando tratan de apresar una pequeña pieza, un ratón, una musaraña e incluso conejos y liebres y otros animales de mayor tamaño que el suyo.

El turón es otro mustélido que poblaba nuestros matorrales, aun mayor que el armiño o la comadreja y de costumbres idénticas a estos pequeños depredadores. Mide de 40 a 50 centímetros de largo y es de pelo pardo negruzco. Sus presas suelen ser, como los dos anteriores, roedores a los que elimina en gran cantidad por ser tremendamente voraz, pudiendo causar perjuicios en sus batidas a los animales domésticos, como palomas, gallinas, etcétera, sobre todo cuando las nieves imposibilitan la caza de roedores. Todos estos mustélidos despiden un olor fuerte y nauseabundo cuando se ven en peligro, expulsando un líquido muy fétido de sus glándulas anales.

Otros animales de nuestros bosques astures eran los meloncillos o mangostas, mayores que los anteriores mustélidos. Su longitud llega hasta los 65 y 70 centímetros y pesan unos ocho kilos. Sus dedos suelen estar ligeramente palmeados y viven en galerías que ellos construyen en las proximidades de brañas, majadas y poblados. Son de caza diurna y es muy voraz, como los anteriores vive de la caza de roedores y suele penetrar en los poblados donde sorprende a palomas, gallinas u otros pequeños animales.

La nutria era uno de los más bellos ejemplares de nuestra fauna y quizás el más inteligente de los mustélidos que habitaba en lugares pantanosos o en la confluencia de

arroyos y ríos de montaña. Ha sido uno de los animales más amenazados y en vías de extinción, como todos los pequeños mustélidos de nuestra región. Mide unos 45 ó 50 centímetros, de pelaje gris castaño, pies palmeados para la vida acuática, a donde tiene su alimento comúnmente. Se alimenta, como es natural en su vida acuática, de peces, anfibios, crustáceos y reptiles y hoy día es muy rara en nuestros arroyos y pantanos.

Tan raro como ver la nutria lo es la marta, de pelo suave y castaño con una mancha amarilla en su garganta. Mide unos 50 centímetros de largo y se alimenta de pájaros, roedores, conejos e incluso saborea con deleite la fruta dulce. Su piel fue muy apreciada y hoy casi ha desaparecido de nuestros bosques y matorrales.

La jineta es también un carnívoro de pelaje grisáceo amarillento, con unas manchas negras en serie y de cola anillada y uñas retráctiles. Es muy esbelta y de cuerpo ágil y flexible. Mide de 50 a 60 centímetros, con unos 40 de cola y se alimenta de pájaros, palomas, roedores e incluso insectos.

La marta sólo existe en la cornisa del norte a donde ha ido huyendo no sólo de los depredadores, sino también de la caza implacable del hombre. La marta es muy similar a la garduña y se cree que son de la misma especie, por lo menos así se tenía hasta hace poco tiempo. Sólo la distinta tonalidad de la parte inferior de la boca, amarillo en la marta y blanco en la garduña. Una y otra son de hábitos nocturnos, alimentándose de roedores, pájaros, palomas, liebres e incluso se acerca a las gran-

jas a sorprender a cualquier distraída gallina que, sin ruido, sorprende y ataca por el cuello arrastrándola a lugar seguro. Despide la garduña un olor característico y de fuerte almizcle y es un poco mayor que la marta. Tanto una como otra tienen hábitos arborícolas.

La vida y la caza para los mustélidos

Todo el desarrollo de estas pequeñas alimañas es perfecto en cuanto que sólo cabe un solo significativo en su manera de desarrollarse y de aventurarse a salir a la caza de sus víctimas. La vista, el olfato y sobre todo el oído son sus armas en la destreza que se da para conseguir una pequeña pieza.

La marta y la garduña son, como antes decíamos, de vida arborícola y desde lo alto de una caña otean todo el suelo y alargan su vista a través del ramaje. Una vez localizada su víctima entran en juego la destreza de su musculatura, saltando y persiguiendo sin descanso al atemorizado animal. Suben y bajan a grandes velocidades, tras una ardilla; saltan de rama en rama acosándola cada vez más y llegan por fin a cazarla por agotamiento dentro de su propio medio, en su dosel forestal.

A esta rara peculiaridad de estos sencillos mustélidos habría que añadir otra extraña característica en sus facultades físicas. Puede recorrer en una sola noche de 50 a 60 kilómetros, penetrar en el más inverosímil de los agujeros, incluso en el de los pájaros carpinteros apropiándose de su nidada o de sus huevos.

Todo es bueno para la alimentación de estos ágiles animales, hoy casi extinguidos de nuestra fauna astur. Aparte de los roedores, que habíamos citado anteriormente, tiene gran avidez por las pequeñas aves e incluso por otras medianas como palomas, grullas, etcétera, además de reptiles y anfibios, peces e insectos. Algunas veces, en sus excrementos se han encontrado restos de frutas, por el color de sus deyecciones.

En la mayoría de los casos, a estos pequeños animales los engulle con toda la piel, de ahí que sus excrementos, lo mismo que el de los búhos y lechuzas, presenten un aspecto peludo y rojizo. Estas señales, lo mismo que las huellas de sus patas y cola, pueden descubrir su presencia en el monte.

La marta y la garduña pueden dar muerte a corzos, cabras y venados

En cuanto la alimentación le sea escasa y la necesidad les obligue a ello, estos musté-

lidos, como la marta y la garduña pueden dar muerte, excepcionalmente, a corzos, venados, rebecos y cabras, realizando una verdadera proeza ante tan desmesurado tamaño y potencia.

En muchos casos que han sido atacadas por zorros y lobos, unos y otros, han salido mal parados ante los duros y sangrientos «zarpallazos» de estos valientes animalitos del bosque.

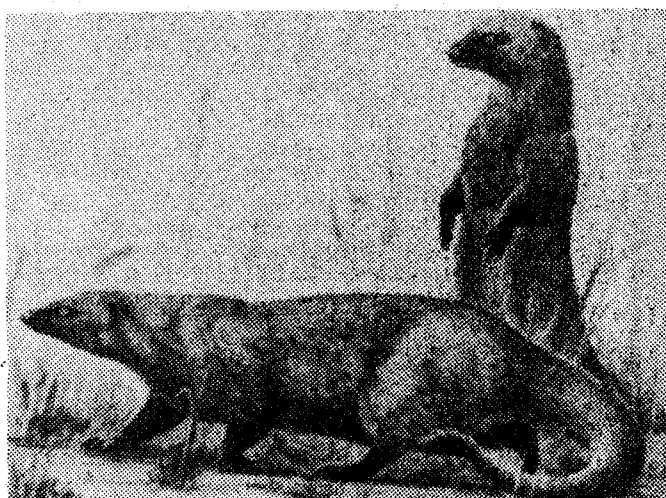
La reproducción es algo característico en los animales salvajes y su período de celo se caracteriza por una intensa actividad tanto en los desplazamientos, en busca de su pareja, como en los movimientos y manifestaciones ruidosas y del olfato. A veces en los encuentros hay verdaderas tragedias por la presencia de varios machos, cosa que ya es peculiar de otras especies.

Finalmente, cuando un macho y una hembra concurren y coinciden, después de aquellos grandes escarceos, la cópula y cubrición es corta para tan largo período de espera. Téngase en cuenta que estos animales, como la mayoría de los que habitan en el monte, tienen un período de celo que suele ser a principio de la primavera. Tras este breve lapso de tiempo, el resto es siempre la soledad y el apartamiento el uno del otro.

Caso especial de las cópulas de la garduña y el turón

Después de todo esto que hemos descrito parece que todo lo que rodea a la reproducción de estos animales es idéntico en cada una de las especies. Pero no es así. Hay casos verdaderamente originales en la reproducción sexual de algunas especies. Tales son el turón y la garduña que, tras parecerse grandemente a la marta, tiene, en este sentido, una manera de comportarse para la subsistencia de la especie.

Después de haber tenido cópulas idénticas que los anteriores, el óvulo ya fecundado no se crea o implanta hasta el final del otoño para que el nacimiento se verifique en plena primavera. Hay que señalar que la cópula hubiera tenido un período de desarrollo de dos meses en que ya se vuelven adultos. En la camada salen solamente tres o cuatro crías y a pesar de esto la extinción de los mustélidos, bello ejemplo de nuestra fauna astur, está tan próxima como la tala de los bosques, su hábitat principal, la explotación maderera, las pistas forestales, los túneles y carreteras, los explosivos y todo el acercamiento del hombre a estos lugares silenciosos donde reposan estas pequeñas alimañas. Es el fin de la más bella fauna que jamás pudieran tener nuestras montañas.



El meloncillo es uno de los pocos carnívoro de hábitos nocturnos y vive en galerías subterráneas.



Un bonito rincón de San Cosme (Cudillero).

POR SI SE ANIMA A SALIR DE CASA

San Cosme, en el valle de las Luiñas



En San Cosme abundan los ejemplos de viviendas rurales del más puro estilo asturiano.

Carlos M. DE LUIS
(Fotos del autor)

De las altas brañas del sur del concejo de Cudillero bajan una serie de pequeños ríos, de gran belleza, que abren valles estrechos perpendiculares a la costa, en la que originan esas magníficas ensenadas y playas de la Concha de Artedo, San Pedro de la Ribera, etcétera. Justamente a mitad de camino, más o menos en la línea de nivel que marcó el trazado del ferrocarril a El Ferrol, es donde esos valles encierran mayor belleza, son más fértiles y vive la mayor parte de la población de la zona. Y por aquí vamos a dar el paseo esta vez.

Aunque hay multitud de caminos en la zona, el más cómodo es la carretera de San Martín de Luiña a Brieves que arranca junto al surtidor de gasolina de la primera de estas localidades y va metiéndose tierra adentro, por San Martín, cuya iglesia es famosa en la historia de los vaqueiros de alzada por las inscripciones que hay en el suelo de la mismas. En sus cercanías hay una vieja casona con aspecto de fortaleza, junto a la cual se levantaba uno de los hórreos más viejos de la zona, que se vino abajo no hace demasiado tiempo, como tantos y tantos otros.

Como la carretera va a cierta altura, por la parte sur del valle de las Luiñas, hay desde ella ocasión de contemplar bonitas panorámicas del valle del río Esqueiro, que se abre paso hacia el mar por entre Prámaro y Beiciella, para salir a Soto de Luiña y San Pedro de la Ribera, o de Boca de Mar, que era su antiguo nombre, y mucho más bonito en mi opinión.

A todo lo largo de la carretera, desde su mismo arranque, van alternándose caseríos —algunos realmente bonitos— y hórreos, con praderías y tierras de labor, en las suaves lomas



Una de las muchas ermitas de la zona; ésta, en San Martín de Luiña.

que suben hacia Cipiello, El Acebo o La Rondiella, hasta llegar al pueblo San Cosme, meta de nuestro paseo, en cuya misma entrada hay una vieja ermita dedicada a los santos Cosme y Damián, ahora prácticamente abandonada, puesto que ambos reciben ahora su culto en otra ermita, más allá, situada en la otra parte del pueblo.

Si a usted le gustan los hórreos y la tradicional arquitectura rural asturiana, en San Cosme se encontrará magníficos ejemplares de uno y otro tipo, aunque para ello deberá abandonar la carretera y tomar cualquiera de los muchos y bonitos caminos laterales, que le ofrecerán agradable sorpresa y paisajes rurales. Por otra parte, San Cosme es un lugar donde se puede comer estupendos platos caseiros asturianos en «El Chisco», lo que añade un aliciente más al paseo.

Para el regreso se le ofrecen varias posibilidades como es cruzar los vías de FEVE poco más abajo de San Cosme y tomar el camino que desciende valle abajo hacia Beiciella, donde desemboca en carretera general; o también cruzar el río cerca de Pandiello, e ir luego bordeándolo hasta Prámaro para salir a Soto de Luiña. En cualquiera de los casos, la belleza del paisaje está garantizado.